

JESUS Y MARIA

La misión de María, es darnos a Jesús y llevarnos a El. — La Maternidad divina de María, origen fontal de los privilegios marianos.

—El Vaticano II, el Concilio de la maternidad espiritual de María.—

Plena vigencia de la fórmula cristológica y mariana:

A Jesús por María

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



JESÚS y María! Las dos figuras más eminentes de la Redención: Primero Jesús, por la realidad triunfante de su filiación divina, y luego, María, Madre de Dios, Flor del cielo, gala y ornamento de todas las épocas. ¡Qué bien podíamos exclamar con San Efrén!: «Si es Madre de Dios y Virgen: ¿Qué no será María?»

El Evangelio nos presenta, la serena hermosura y humildad de María asociada a Jesús, desde su predestinación hasta la gloria del cielo, en la maravillosa obra de la salvación del mundo.

Y es, que, la misión providencial de María es, darnos a Jesús y llevarnos a El. La Virgen pura y bella, VIA DEI, en linda expresión de San Agustín, es, el camino más corto, la senda primorosa cerca de rosas, azucenas y claveles, que nos lleva, derechamente, a Jesús. Porque la ocupación venturosa de María, después de darnos al Salvador Jesús, es hacer asequible a nuestros corazones las oleadas de gracias que manan, sin cesar, del Corazón de Cristo a fin de multiplicar de manera asombrosa, sus cálidos efectos en la vida cristiana.

De ahí, la urgente necesidad de fomentar una devoción mariana y un culto ejemplar que florezcan sobre el robusto tronco del dogma y con raíces profundas que garanticen frutos óptimos, de índole sobrenatural, en el vivir de cada día. Del conocimiento del «misterio de María», bien se adivina que ha de seguirse nuestra transforma-

ción en Cristo. En tan elevado sentido la Virgen no es más, que el medio prodigioso para comunicarnos con Jesús, y por Jesús con Dios.

Todos cuantos hablan o escriben de María, han de procurar despertar en las almas vivos sentimientos de íntima devoción hacia la Santa Madre de Dios, facilitando el acceso, hacia Jesucristo. Y siempre que se ensalcen las glorias de María, hay que terminar recordando a Jesucristo, alfa y omega, principio y fin, *luz y lira* del mundo.

Pero, que nadie piense siquiera, que, en el binomio CRISTO-MARÍA, los resplandores son idénticos, ni las dos figuras son iguales. Ya lo hemos recordado: Jesucristo es Dios y la Virgen una criatura; la maravilla más hermosa salida de las manos del Supremo Hacedor. Ahora, que por razón de maternidad divina, la Virgen recibe los reflejos de la sabiduría, hermosura y poder de Dios, con un relieve de expresión tal que hacen de la Virgen una criatura semejante a Jesús. Y esta razón de analogía o semejanza, es el ángulo delicioso más apropiado para contemplar cómo son en sí estas dos figuras, esenciales y relevantes, de la Redención: Jesús y María. Para el Dante, María es el rostro más semejante a Dios. Y en fúlgidas frases de Pablo VI, la Virgen es el espejo que refleja las perfecciones de Dios.

Ya, en virtud de esta semejanza o analogía, bien podemos atribuir a la Virgen los más encumbrados privilegios de que es capaz una criatura, destacando siempre la intangible primacía inmensa de Dios y del Salvador Jesús. De la Virgen, por mucho que se diga, cante o alabe, jamás se agota la mina inexhausta, fuente de sus prerrogativas singulares. La Bienaventurada Virgen María, es tan grande y sublime que cuantas más alabanzas reciba todavía le quedan más por recibir: de María *nunquam satis*. O como recuerda San Bernardo: María es *negotium seculorum*. Sólo a Dios está reservado conocer y medir las grandezas de su Madre.

Supuesta la unión hipostática, Jesucristo es, lo que es, por su naturaleza y propio derecho. María es, lo que es, por gracia y privilegio de Dios. De donde resalta la posición subalterna y dependencia de María, en orden a Jesús. Ya se adivina que si nuestros hermanos los protestantes, hubieran meditado sobre tamaña diferencia, no llevarían tan a mal los merecidos elogios que los católicos, y singularmente los españoles, dedicamos a la celestial Doncella de Nazaret, Madre de Dios y Madre nuestra.

Y no se diga, que el resplandeciente culto que la Iglesia Católica tributa a María va en desdoro del que se ofrece a Jesús. Porque el deseo ardiente del Hijo es ver honrada a su Madre. «No supe qué era amar a Jesús hasta que puse mi corazón a los pies de María», exclamó

ma un célebre anglicano converso. La novelista noruega, Sigríd Undret, convertida al catolicismo, que puso el Premio Nobel de 1925, a los pies de María Inmaculada, asegura: «Siempre he considerado el culto de María como cosa natural». El Cardenal Newman destaca el doloroso contraste del protestantismo: «Donde María permanece en la penumbra, Cristo mismo se eclipsa. Los pueblos que aman y veneran más a la Madre, guardan también mejor la fe del Hijo». «Deseas conocer a Dios, lee a María como libro, mírala como espejo, contéplala como imagen», afirma Jorge de Rhodes.

Lo cierto es, que, el lazo eterno que une a María con Cristo, y por tanto, la mariología con la cristología, es la maternidad divina. Porque esta bella expresión: María es Madre de Dios, contiene todo cuanto el lenguaje humano puede decir en gloria, honor y alabanza de la siempre Virgen María: La verdad católica, la existencia misma de la Iglesia, estriban en tan sonoro y celestial piropo: María es Madre de Dios. Elevado a la categoría de dogma de nuestra fe, en el Concilio de Efeso, año 431, fue jubilosamente recibido por el pueblo cristiano que, electrizado, ofreció a la Virgen María el homenaje más impresionante de todos los tiempos.

Hasta el magisterio soberano de Santo Tomás atribuye a la Madre de Dios, cierto parentesco con las Personas Divinas, y por su alta categoría, parece tangente con la grandeza infinita de Dios. De ahí, que es doctrina católica, atribuir a la máxima prerrogativa, a la maternidad divina de María, el origen fontal, la fuente, de los demás privilegios, gracias, dones y carismas, que ennoblecen la preciosa existencia de esta Reina de cielos y tierra.

También, María es Madre de los hombres además de serlo de Dios. Ella, no nos da la vida natural, pero nos comunica la sobrenatural de la gracia. Dios ha destinado a la Virgen a ser Madre suya y Madre nuestra: Madre del Redentor y de los redimidos.

Uno de los privilegios marianos que mayor auge y esplendor han alcanzado en el Vaticano II, es, sin duda, la maravilla de la maternidad espiritual de María. Con razón se le denomina, el Concilio de la Maternidad sobrenatural de la Virgen. Juan XXIII, apenas nombraba a la Madre de Jesús sin este delicado aditamento: «y Madre nuestra». La maternidad espiritual de María fulge como brillante corolario de la augusta calidad de Madre de Dios. Como la divina caridad, tiene dos brazos: con uno está unida a Dios y con otro al prójimo, según San Agustín.

El mismo benéfico Papa, añade «que nuestra edad, por señales manifiestas, parece la edad de María y que María es camino para el

retorno del hombre pecador a Dios». En memorable ocasión, señalaba a María: «Esta es tu hora, ¡oh María!».

Digamos que el Vaticano II es el Concilio más mariano de la historia de la Iglesia. La voz solemne y misericordiosa de Pablo VI nos asegura: «Es la primera vez que un Concilio ecuménico presenta una síntesis con tan extensa doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el misterio de Cristo y su Iglesia». Y el ímpetu devocional mariano de este Papa, de la Eucaristía y de la Virgen, ha vindicado para María, el puesto más alto, después de Dios y Cristo y el más próximo a nosotros.

El Santo Concilio, dentro de su hondo sentido litúrgico y bíblico, quiere que los cristianos invoquen la protección de María bajo los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora de todas las gracias que bajan del cielo a la tierra. Y además, en la misma Constitución conciliar, la Iglesia recomienda a todos sus hijos, «que estimen en mucho las prácticas de piedad hacia la Virgen recomendadas por el Magisterio en el curso de los siglos y que observen escrupulosamente cuanto en los tiempos pasados fue decretado acerca del culto de las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los Santos».

Una vez más, ha quedado robustecida y triunfante, la áurea y tradicional fórmula de la Iglesia, Madre y Maestra: A Jesús por María.

España Eucarística y Mariana

LA LOCA DEL SACRAMENTO

CON tan esclarecido título llamó, nada menos que el Papa Julio II, a la sierva de Dios, doña Teresa Enríquez, dama de nobilísima alcurnia, de la corte de los Reyes Católicos y prima de don Fernando V de Aragón.

La Genealogía de los Claros Varones de Castilla, nos habla de ella, en los términos más elogiosos: SANTA LIMOSNERA, la llama.

Dotada de una extraordinaria belleza y de piedad angelical, fue formado su corazón por los hijos del Serafín de Asís, sobre el fundamento de las dos devociones de la Iglesia: un encendido amor a la Eucaristía y al misterio encumbrado de la Concepción sin mancha de la Virgen.

Hija del famoso almirante de Castilla, don Alonso y casada con el prócer don Gutiérrez de Cárdenas, enviudó en 1503, retirándose a su villa de Torrijos, haciendo vida conventual con las concepcionistas, bajo la más rigurosa penitencia.

Pero la Providencia la deparó una sólida dirección espiritual adecuada a su rango, con el consejo del célebre cardenal Cisneros, la figura más prominente de la Edad Moderna. Y bajo su genial dirección, doña Teresa Enríquez, funda una Cofradía del Santísimo en Roma, y otra idéntica en Torrijos, que luego se multiplicaron por el orbe como las estrellas del Cielo, llevando a todas partes el ascua encendida de la devoción al más divino Sacramento.

Hasta su propio palacio lo transformó en monasterio y hospital, mandando levantar, a sus expensas, una colegiata, bella y primorosa, como un himno escrito con estrofas de piedras afiligranadas, en honor del Sacramento de la Eucaristía.

Ella misma se ocupaba en escoger el trigo para convertirlo en flor de harina y preparaba el vino puro para la Consagración en el Sacrificio de la misa. Y sus divinos afanes la impulsaron a mover las Sacramentales, para extender el reinado de Dios sobre las almas a través del culto de adoración al Sacramento del Amor.

Tan claros propósitos eucarísticos señalan el rumbo sin igual de su vida al servicio del Dios escondido en la eterna redondez de la Hostia Inmaculada. Siguiendo la áurea tradición de nuestros preclaros monarcas fomenta el público acompañamiento del Viático a los enfermos y promueve la fiesta gozosa de las Octavas del día del Corpus, que ya había alcanzado en España un auge nacional y al que, se sumaban, del rey al último vasallo.

Las Cofradías del Santísimo en cada templo parroquial deben su origen y desarrollo al aire devocional que dominaba el corazón de esta gloria de España y de la Iglesia universal, doña Teresa Enríquez. Cierta es la afirmación hecha en su honor: Doña Teresa Enríquez, es sin duda, la mujer a quien más debe en la Iglesia, el culto a Jesús Sacramentado.

El florecimiento de estas Asociaciones Eucarísticas, coincidía en España con el amanecer del Nuevo Mundo. Los pueblos de Indias se iban iluminando con los fúlgidos resplandores de la Cruz redentora: La Eucaristía, compendio de todas las maravillas y misericordias de Dios y la ardiente devoción a la Virgen Santísima fueron los más poderosos elementos civilizadores que los españoles llevamos a los pueblos recién descubiertos.

La devoción al Santísimo y al misterio de María Inmaculada, se

clavó como una flecha en el alma de los indígenas. Y de este modo quedó en los pueblos americanos, como un reguero de luz y recuerdo perenne, el saludo cordial a la española, todavía palpitante, del: ALABADO SEA EL SANTISIMO SACRAMENTO y el AVE MARIA PURISIMA, que los naturales, a semejanza de la metrópolis, repetían al penetrar en la casa, en las despedidas, en las escuelas y caminos, celestial consigna del alma hispana.

Con fervorosa razón, Santa Clara de Montilla, llamó a doña Teresa Enríquez: LA ENAMORADA ESPOSA DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

En 1529 murió la heroína de la devoción al Sacramento del Altar, impulsora insigne de las más grandes y solemnes festividades en honor de este Sacramento adorable, conservándose su cuerpo incorrupto en una suntuosa urna, regalo de su linajuda familia, en donde recibe, de las almas devotas de la Eucaristía, un permanente homenaje en el convento de Concepcionistas de esta afortunada villa, fundado por doña Teresa Enríquez, LA LOCA DEL SACRAMENTO.

Es una de las infinitas estampas clásicas, eucarísticas y marianas, de la España católica, inmortal y eterna.

ELEGIA

(A una niña muerta)

Hoy las perlas se ocultan en su brillo
y la tierra se goza en tu mirada
perdida por los juncos y el tomillo.

Te fuiste por la tarde madrugada
como se va la noche, suavemente,
entre el dulce frescor de la alborada.

Nos dejaste sin horas, de repente,
y sin sueños de príncipes y brujas
al arrancarse el alma de tu frente.

Tu pelo, ya raíz de mil burbujas,
se moverá sin vida entre las fauces
del insensible barro que te empuja.

Por la flor plañidera de los sauces
sentiste la llamada de lo extraño
y te olvidaste en brazos de sus cauces.

Tus sonrisas, clavadas en mi daño,
se me mueren de dulces este día
en que harías el quinto de tus años.

No me duele mi tiempo todavía
aunque me sienta viejo ante la fosa,
aunque mi voz te llegue ya vacía.

Cuando anochezca besaré tu losa;
me iré llorando a voces por las viñas
recordando tus cuentos y tus cosas
niña de viento. Mi querida niña...

LUIS F. GARCIA-CAMINO